

“RESPIRAR”, UN RELATO DE ARGOS.

Mi familia había arrendado un apartamento en el Sur, en un pequeño pueblito de la costa de Granada, para pasar las vacaciones de aquel verano del 82.

Recuerdo el viaje en coche desde Madrid en aquel flamante *Fiat Panda* que mi padre acababa de comprar, con mis dos hermanos y yo afinados en la parte de atrás y un minúsculo maletero hasta arriba de cosas.

Con mis 17 años recién cumplidos, aguantando a dos críos pequeños que siempre se estaban peleando y con todos mis amigos lejos de allí, los días se me hacían eternos y terriblemente aburridos. Decidí entonces emplear mi tiempo en disfrutar de la naturaleza, dar largos paseos a través de los montes cercanos y retener en mi memoria todos aquellos escenarios agrestes y llenos de verde que tan poca ocasión tenía de ver en Madrid.

Así es como llegué por primera vez a una cala que yo, por aquel entonces, creía escondida. Bordeando los imponentes acantilados que se perfilaban por toda la ribera y a los que me había aficionado en recorrer casi a diario durante aquellas primeras calurosas semanas estivales.

Desde arriba, veía a personas disfrutando del baño y docenas de sombrillas de todos los colores posibles, casi a pie de orilla.

Estando muy cerca ya del arenal, y mirando más donde ponía los pies que otra cosa, escuché que alguien llamaba mi atención.

- “Perdona. ¿hola?”.

Bajé la cabeza para asegurarme que esa voz se dirigía a mí.

- “¡Hooooo! – *me dijo ésta vez más efusivamente y saludando con la mano.*

En ese momento, casi me quedé petrificado, pues efectivamente la voz pertenecía a una chica y se estaba dirigiendo a mi. Una chica completamente desnuda.

- “Perdona, ¿puedes ayudarme?. Hacia tu izquierda está mi toalla. Anoche se la llevó el viento. ¿puedes alcanzarla tú desde ahí?”.

Casi sin apartar la vista de las rocas que tenía delante y ni tan siquiera mirar a donde me estaba indicando, asentí con la cabeza. Exhalé por unos instantes y me giré para ver una gran toalla azul enganchada en unas ramas. Me acerqué y tiré de ella hasta que se soltó. Me detuve unos instantes con la toalla en mi mano y torneé el rostro hacia la chica.

- Oh, ¡gracias! – *dijo aplaudiendo con júbilo - ¡Bájamela, por favor!*.

Recompuse mis pensamientos como pude e inicié el descenso con el corazón a mil por hora, a sabiendas de que ella estaría esperándome abajo y...desnuda.

Cuando llegué, extendí mi brazo hacia ella con la toalla y la chica me dio un enorme e inesperado abrazo. Aún recuerdo cómo me empezó a arder la cara y a sentir que las orejas se me ponían rojas de acaloro.

- “¿Cómo te llamas?. Yo soy Sara. ¿Qué hacías por ahí arriba? ¿De donde vienes? Ven, que te presentaré al resto del grupo”.

Me sentí apabullado con tantas preguntas a la vez, y sólo respondí a una de ellas.

- “Me llamo Manu” – *acerté a decir, mientras miraba hacia la playa.*

Y para que lo hice.

Esforzándome en desviar la mirada de la chica desnuda, que ahora sabía que se llamaba Sara, me encontré de frente a otros chicos y chicas que se acercaban hacia donde estábamos nosotros, tan desnudos como lo estaba Sara.

Mi contemplación del entorno fue más allá para descubrir que, bajo esa hilera de sombrillas que había visto desde arriba, había más gente desnuda. Y qué del mar, salían y entraban esas personas que también vi, desde mi cómoda lejanía, como se bañaban y que ahora, más de cerca, comprobé que lo hacían sin llevar bañadores ni biquinis puestos.

“Tierra trágame” – *pensé.*

Sara empezó a presentarme al corrillo de amigos desnudos que comenzaba a formarse.

- “Éste es Mateo” – *me anunciaba mientras él me daba cordialmente la mano* – “Ella es Charlotte. No habla mucho español pero es majísima” – *decía Sara mientras recibía dos besos y un “bonjour” de Charlotte* – “El de la guitarra ahí sentado se llama Louis, y es su pareja...” – *explicaba mientras el propio Louis levantaba su mano saludándome.*

Y así me presentó ante, al menos, media docena más de afables y simpáticas personas que no llevaban nada encima.

Creo que durante un buen rato no acerté a pronunciar mucho más allá de síes y noes a las preguntas que me hacían: “¿Vienes desde La Herradura atravesando el monte?”, “¿Eres de por aquí?”, “¿Conocías ya la playa?”.

Amablemente me ofrecieron algo de beber, pues pensaron que tras la caminata y el descenso entre los riscos estaría sediento y algo cansado.

Acabé sentado en la orilla, bebiéndome una *Mirinda* bien fría, junto a otros siete u ocho chicos y chicas, desconocidos para mi e intentando no prestar atención a algo que a mi me daba mucho reparo. Su desnudez.

Parecían tan alegres disfrutando de la playa que no sentían su desnudo como algo extraño, como yo sí hacía. A fin de cuentas, mi familia era muy tradicional en cuanto al tema de los cuerpos desnudos. Nunca había visto a mi madre en paños menores. Y a mi padre, como mucho, ocasionalmente embutido en unos clásicos calzones blancos que ahora serían, sin lugar a dudas, una prenda *vintage*.

Jamás había visto a otras personas desnudas, más allá de las que, en otro contexto distinto, salían en las revistas que escondía bajo el colchón de mi cama.

En un momento determinado Mateo, el chico que me presentó a mi llegada, me preguntó:

- “¿No te desnudas?”.

Yo dije que no, que no solía desnudarme con tanta gente delante. En realidad, nunca lo había hecho ante nadie.

- “¿En serio?” – *dijo extrañado* – “¿No haces naturismo?”.

Era la primera vez en mi vida que escuché eso de “*naturismo*”. Mateo, Sara y Charlotte, en un español bastante bueno pesé a lo que decía Sara, me intentaron explicar en que consistía eso del naturismo.

Me hablaron de un sentimiento de libertad incomparable, de lo cómodo y práctico que era estar desnudo en lugar de usar ropa de baño, de la normalidad y de la naturalidad de estar sin llevar nada puesto cuando no hay necesidad de hacerlo. Y muchas cosas más por el estilo.

Una mujer de mayor edad, que estaba cerca de nosotros, nos miraba y asentía con conformidad a lo que ellos me explicaban.

- “Mara, que estás muy callada” – *dijo Sara dirigiéndose a la mujer* – “¿Tú por qué te desnudas? ¿por qué eres nudista?”.

La mujer, dibujó una enorme sonrisa en su rostro. Y tras unos segundos, en los que parecía estar pensando, sólo dijo – “Para respirar”.

Y todos, en un silencio de aprobación, levantaron su bebida para brindar por ella.

Estuve con mis nuevos conocidos “nudistas” un buen rato más, algo que sin duda me sirvió para sentirme mucho más calmado, pero se hacía tarde y les dije que tenía que volver a casa.

- “¿Volverás mañana?” – *Me preguntó Mateo.*
- “No lo sé. Tal vez. Ya veré si puedo” – *contesté yo.*
- “Si lo haces, aquí estaremos. Pero intenta venir por el otro lado, que hay carretera y es más fácil”.
- “¿Carretera?”- *indagué.*
- - “Si, puedes bajar desde el pueblo. Sólo sigue la vereda y verás una señal que pone *Cantarriján, Playa naturista*. No tiene pérdida” – *me dijo él.*

Asintiendo, me despedí de ellos marchándome de aquella mágica cala por el mismo lugar por donde había accedido.

Aquella noche, ya en casa, pensé mucho en ese encuentro inesperado y en lo cómodo que en realidad había estado junto a ese grupo de personas desnudas, aún sin estarlo yo.

A la mañana siguiente, me sorprendí a mi mismo cogiendo la bici y dirigiéndome de nuevo a esa playa donde conocí a los naturistas, pasando así a ser diarias mis visitas a Cantarriján desde aquel día.

Aprendí mucho de mis nuevos amigos. Empecé a mirar a los ojos y a conocer el inmenso universo interior que tiene cada persona y no a sus fachadas externas, a ver más allá de la ropa y a no prejuizar a nadie por como visten o no, a sentir que no había zonas de nuestro cuerpo prohibidas o que deben estar ocultas, a comprender que lo inmoral no está en mostrarse desnudo, sino en los ojos con los que alguien lo mira.

Mis camaradas nudistas ya se habían acostumbrado a verme junto a ellos vestido y lo veían tan normal como yo verlos a ellos en su natural estado de desnudez.

Un día, que recuerdo de manera muy vívida, llegue a la playa y mientras hablaba con ellos y soltaba mis cosas en la arena, sin darme cuenta, me había quitado toda la ropa. Mi cuerpo había reaccionado de manera instintiva y relajada a despojarse de las vergüenzas y los tapujos sociales que había (mal)aprendido desde mi infancia.

No fui consciente de mi plena desnudez hasta que Sara, entre perplejidad y entusiasmo, me habló:

- “Manu...¡no me lo creo!” – *dijo sonriendo* – “¿Qué haces?”

Yo, tras mirarme de arriba abajo y empezar a reír de pura felicidad, contesté:

- “¡Respirar!”.